

La violencia sensual: Notas acerca del polimorfismo perverso infantil¹

Milagros Fagúndez D.²

Resumen

El artículo hace un recorrido por la sexualidad infantil comprendida bajo la óptica del psicoanálisis, desde los fundamentos propuestos por Freud en *Tres ensayos de una teoría sexual*, hasta los aportes recientes de Piera Aulagnier y su concepto de violencia primaria y secundaria. Tomando como punto de partida la violencia sensual ejercida hacia niños y niñas a través de esquemas velados de hipersexualización e imposición de la vivencia adulta perversa a la sexualidad infantil, se ilustran dos viñetas clínicas en las cuales se destaca la violencia sexual como un artificio adulto para obtener placer, alterando la comprensión de una sexualidad sana en el niño y una vivencia propia de su cuerpo y los afectos.

Uno de los grandes descubrimientos que Freud (1905) acercó a la humanidad no fue sólo la existencia del Inconsciente y su presencia y determinación en la voluntad del hombre, sino que además obligó a poner la mirada de la génesis del desarrollo sexual, en la temprana infancia y no en la pubertad como se pensaba. Lo interesante, y esto también lo explicó Freud, es que con el paso del tiempo esta noticia que tenemos sobre la sexualidad infantil, cae bajo el influjo de la represión, para hacernos olvidar una y otra vez que los niños son sacudidos por fuerzas de orden sexual

¹ Trabajo presentado en las XVIII Jornadas de Niños y Adolescentes, noviembre, 2020.

² Psicóloga clínica, psicoanalista asociada de la Sociedad Psicoanalítica de Caracas. Miembro de IPA y FEPAL y actualmente es directora del Departamento de Niños y Adolescentes de la SPC.

intensas, que su curiosidad y exploración no es ingenua ni causal. La nueva era de estilos de crianza, en la que se abandera el respeto a la infancia, no considera con igual respeto esta vorágine a la que los niños están sometidos, negando en cierta forma que el infante tenga la capacidad de construir sus propias teorías sobre lo que es el mundo sexual adulto y matizando (en exceso) las diferencias entre los sexos, las relaciones amorosas y las pasiones humanas. Los cuentos ancestrales cuyas versiones modernizadas aún dictan los guiones del cine pueril actual (Pinocho, Rapunzel, Caperucita Roja, Piel de Asno) nos recuerdan desde lo Inconsciente la crueldad, la agresividad, el egoísmo y sobre todo la policromía de placeres de los que la infancia se sirve. Las relaciones de noviazgo no son ahora el único centro de las películas infantiles y si bien, esto ha dado paso a temas como la amistad o el amor fraterno, preguntarle a un niño si tiene novia puede llevarnos a ser acusados por hipersexualización. Pero ¿qué puede catalogarse de Hipersexualidad cuando pensamos en lo infantil? El hiper remite a un monto elevado, a un exceso que deriva en patología pero si algo puede considerarse hiper en la sexualidad infantil es la sensación de placer que experimenta un bebé luego de ser alimentado (placer oral) o las mociones intensas que despiertan el amor a la madre y el temor a la retaliación del padre durante la fase Edípica. Sin embargo, tal intensidad resulta fundante para erigir las bases de una personalidad sana. Entonces, la llamada hipersexualización en niños parece tener que ver, más que con un exceso de lo sexual, con una imposición al niño de un esquema preformado desde el adulto de un ejercicio sexual particular llamando la atención de padres, maestros y demás actores del escenario social el peligro de la erotización de la infancia. No es lo mismo erotizados que erógenos.

En *Tres ensayos de teoría sexual*, Freud (1905) planteará con detalle de qué trata este mundo sexual infantil, resaltando la parcialidad de las pulsiones producto de la inmadurez del sistema psíquico que aún no logra un estatus de integración. Estas pulsiones parciales pugnan por obtener satisfacción desde la zona erógena que habitan (oral, anal, fálica) y delimitan el objeto que se buscará para lograr esa satisfacción, siempre dentro de un vínculo de cuidado dada la naturaleza dependiente del niño. Lo denomina el polimorfismo perverso sexual, denotando la multiplicidad de formas que tiene la expresión y la satisfacción sexual infantil y considerándolo normal siempre y cuando se mantenga en los límites de la infancia. Lo perverso remite a la desviación de la satisfacción sexual por otros caminos distintos a la integración que ofrece lo genital, estando el niño fuera de este registro, pues la potencia genital se desarrollará después. También en este

texto trae de nuevo el tema de la seducción del adulto (teoría de la seducción) y los efectos nocivos que genera en el desarrollo del niño ser expuesto de manera traumática a una aproximación sexual que lo sobrepase. Aquí podemos ver nuevamente cómo la imposición del esquema preformado adulto, violenta la capacidad del niño para comprender y operar en un terreno que lo anticipa.

Según Freud (1905) los cuidados primarios que se le ofrecen al niño rozan esta erogeneidad polimorfa y lo excitan, sin ser necesariamente la intención consciente de la madre proveerle placer sexual, pero el apuntalamiento de dicho placer en funciones básicas para la garantía de la supervivencia, desdibuja fácilmente la frontera entre la necesidad vital satisfecha y el placer sexual que genera. La sensualidad de los cuidados maternos primarios tendrá fines de narcisización y constitución de las bases fuertes de un yo integrado, si la madre cuenta con un monto de represión que le permita deponer su satisfacción sexual en ese encuentro consensuado, encontrar placer sexual genital con otro sujeto que no sea su hijo y dejar que la sensualidad sirva a los fines de la contención y el reaseguramiento del niño, que percibe en esos cuidados un espacio seguro, a pesar de ser un manojito de zonas potencialmente estimulables.

La imposición de un esquema altamente complejo que sobrepasa al niño porque se anticipa a lo que él puede asimilar, refiere al decir de Aulagnier, a la violencia primaria, en cuanto ese esquema adulto se impone, traspasa y excede la posibilidad de metabolizarlo. En *La violencia de la interpretación* Aulagnier (1977) nos dirá:

El discurso materno es el agente y el responsable del efecto de anticipación impuesto a aquel de quien se espera una respuesta que no puede proporcionar, con el fin de operar una acción necesaria que prepare el acceso a un modo de organización que se realiza a expensas del placer, en beneficio de la constitución futura de la instancia llamada Yo. (p. 33)

Esa violencia primaria será la predecesora de una violencia posterior, designada por ella como *secundaria* que no califica como acción necesaria, pero se reviste de ello en el discurso engañoso del seductor, en el cual no opera la represión como sí lo hace en la madre, haciendo uso del niño como objeto de satisfacción sexual dentro de un esquema genital adulto que lo anticipa, lo atrapa en un exceso de excitación, sin contención ni reaseguramiento, mermando el proceso de constitución del Yo, planteándole además que aquello que experimenta no es el resultado de una acción

violenta sino de una relación amorosa, de interés y cuidado tal y como lo haría su madre. Al respecto Aulagnier (1977) nos dirá:

Es importante señalar que si esta violencia secundaria es tan amplia como persuasiva, hasta el punto de ser desconocida por sus propias víctimas, ello se debe a que logra apropiarse abusivamente de los calificativos de necesaria y natural, los mismos que el sujeto reconoce a posteriori como calificativos de la violencia primaria en la cual se originó su Yo. (p. 34)

Ante la necesidad de dominar ese mundo lleno de significaciones que en un principio el niño no logra comprender, lo natural es emplear el juego, como dispositivo que le permite apropiarse de un segmento de lo anticipado y construir gradualmente una noción propia de realidad. Vemos en el abuso sexual infantil, seductores o transgresores que emplean en su discurso elementos lúdicos para naturalizar el acto sexual abusivo, pudiendo generar esto severas consecuencias en la psique infantil, siendo muchas veces afectada su capacidad de volver a ver el juego como un elemento no erotizado. Aura es una niña de 4 años cuyo abuelastro tocaba sus genitales mientras estaba bajo el cuidado de él y su abuela. Su madre debía dejarla con ellos para ir al trabajo, confiando en la familiaridad como una barrera de protección. El transgresor le pedía a Aura que se sentara en sus piernas para jugar al caballito, y ante la incomodidad evidente de la niña por sentir en su cuerpo el pene erecto del hombre, él le decía que no tuviera miedo, que eso era parte de la silla del corcel y debía agarrarla fuerte para no caerse, así como de vuelta el corcel también debía sujetarla a ella en lugar del que no se pudiera soltar. Aura dejó poco a poco de jugar, comenzó a temer el estar con extraños, demandando la presencia materna absoluta, lo que le dificultaba asistir al colegio. Posteriormente entró en un mutismo casi total, hablando solo con la madre y en un tono casi imperceptible. Con el paso de las sesiones, siendo yo la cuarta evaluadora que veía, porque su mutismo hacía para los demás imposible una aproximación, logramos comenzar a dibujar. El tono muscular para tomar el lápiz era excesivamente débil, mostrando un evidente terror a sujetar aquel derivado fálico traumático, suplantamos entonces el lápiz por pintura o plastilina, todos elementos blandos y de fácil adherencia, representantes pregenitales cuya falta de forma la calmaban. Sus dibujos reflejaban sin sorpresa escenas de terror, figuras monstruosas en forma de penes gigantes que atravesaban ventanas, puertas, cortinas, camas y niños. No fue difícil sustentar ante un juzgado los efectos psicológicos severos de esa experiencia de trauma, logrando

defender su lugar sin que ella tuviera que emitir una palabra forzada que la revictimizara invasivamente. El no tener que responder a mi deseo de escuchar su voz la hizo recuperar el habla, no para narrar los hechos, sino para dialogar entre personajes que poco a poco se recuperaban del pánico y se atrevían tímidamente a jugar de nuevo.

El adulto que violenta sexual y sensualmente, le impone al niño una escena dominada por lo genital, a la que aún no tiene acceso y a la cual responde con desorden, sin primacía ni integración pulsional creando un exceso de placer que se torna en displacer, ante lo cual el niño intenta con la repetición asimilar la situación traumática. A su vez la repetición condena al juego a esa escena petrificada, sin creación ni espontaneidad, fotografía del encuentro violento que impide su desarrollo, sin dar paso a la sublimación que está al servicio de la exploración del mundo, las relaciones con otros y el saber. El infante queda atrapado en un vínculo de terror, confusión, sobreexcitación y culpa, sumado al temor de perder el amor del objeto ya sea porque quien ama también es quien agrede o porque a quien ama no le considerara digno de su amor por estar ultrajado. Esto va destruyendo la capacidad del Yo para sostenerse de manera autónoma, por la vía de la fragmentación que produce lo traumático y empleando la condición de dependencia normal para obligarlo a la obediencia, tergiversando las relaciones amorosas con un componente invasivo, controlador, narcisista, persecutorio y atrapante. Los juegos sexuales de carácter exploratorio se tiñen de masturbación compulsiva, o se pervierten con elementos exportados del acto sexual genital adulto, perdiendo su naturaleza de autoconocimiento, para inscribirse en una dinámica dominación/sumisión en aras de metabolizar la experiencia pasiva traumática a través de posición activa.

Ricardo es un niño de 5 años que llega a mí en medio de un escenario jurídico, marcado por un divorcio altamente conflictivo entre sus padres. El padre está de novio con la misma persona con la que le fue infiel a su madre durante el matrimonio, lo que no sólo motivó el divorcio sino también una depresión en la madre al contactar con sentimientos de traición y abandono. Esta depresión tomó la forma de una furia destructiva, atacando la imagen de padre que tenía Ricardo. A pesar de esto el niño insistía en querer ver a su padre, pero no lo lograba sin mediación de la nueva novia. Al regreso de una salida de fin de semana, Ricardo le cuenta a su madre que la novia del padre le metió la lengua en la boca, que se sintió húmeda y asquerosa y que no la quiere ver más. La madre enfurecida llama al padre para pedir explicaciones y lo que era ya una escena legal complicada, se suma una denuncia por abuso sexual. La tipificación del delito fue actos

lascivos, entendidos legalmente como actos de seducción que no implican penetración. Sin embargo, el relato de Ricardo fue “metió su lengua en mi boca”, narrativa que los abogados del padre rebautizan con el epíteto de Beso. El niño no dijo nunca la palabra Beso, es una palabra impuesta desde un discurso adulto con diversos fines, el más evidente de ellos disminuir la gravedad del hecho frente a un juzgado, pues un beso en la boca roza las prácticas cariñosas de algunas familias. “Un beso es un beso, pero un Beso con lengua es otra cosa”, me dice la madre enardecida.

Ricardo desarrolla pronto un rechazo a los pitillos, las cucharas largas y todo aquello que pueda entrar en su boca con o sin su consentimiento y que evoque la dimensión sensual de esa experiencia traumática. Tampoco tolera ver besarse a otras personas y mucho menos ser besado. Ricardo fue un bebé prematuro con bajo peso al nacer y además la madre no pudo amamantarlo. Fue alimentado con fórmula generándole muchas dificultades digestivas por lo que la madre debía forzarlo a comer, introduciéndole cánulas o dispositivos que garantizaran el ingreso del alimento. Sobre la acción necesaria, violencia primaria, ejercida para mantenerlo con vida, se monta la violencia secundaria no necesaria, que coloca a la figura femenina en un lugar de abuso sensual. La violencia se duplica con el desconocimiento de lo traumático y la tergiversación de lo violento como una expresión de amor (meter una lengua sin tu consentimiento en la boca se llama beso) constituyéndose una revictimización para Ricardo, quien no encuentra la validación de su percepción topándose con la desmentida que le permitió a su padre la victoria en el juicio. De nuevo el adulto impone un esquema a conveniencia, al servicio del propio placer, de la evitación de las consecuencias de los actos, usando al niño y a su discurso como un objeto de satisfacción sexual. Para Ricardo esa caricia materna con potencial narcisizador toma, bajo la acción sensual violenta, un sentido erotizado. Como neurótico operando desde el desplazamiento, el pitillo, la cuchara y otros objetos se vuelven representantes del invasor originario, reencontrado en la vivencia sexual con la novia del padre, ahora en un marco edípico donde la terceridad queda intervenida por la presencia de lo perverso y el lugar del padre es el de la complicidad en la anulación de la percepción del niño acerca de la violencia que se instala en el orden sexual.

Mantengo con él una posición cautelosa, distante pero afectiva, respetando el límite que pone en la cercanía de su cuerpo con el mío. Se sienta muy lejos en la mesa de juego y realiza pequeñas escenas de lucha entre personajes que se desgastan y se desmoronan en la contienda. Se despide rodeando ampliamente la puerta y la salida, evitando cualquier roce acci-

dental, del cual yo también me cuido, sin dejar de señalarle que este es un espacio seguro y yo no lo tocaré ni lo invadiré de ninguna manera, si bien la acción necesaria de entrar y permitirme estar presente inicialmente lucía impuesta. En una sesión un tiempo después, Ricardo, que había perdido la capacidad de disfrutar del juego por ese carácter compulsivo y escasamente creativo que imponía la repetición de escenas de lucha idénticas e invariables, se muestra excitado ante la posibilidad de jugar con agua. Abre con fuerza el chorro, bailando y gritando mientras el agua se desborda por el lavamanos inundando el piso del baño. Mi sorpresa por su placer era proporcional a mi angustia por la inundación y sin éxito intenté contener el agua y evitar que se mojase, no sólo observando su ropa, sino atendiendo a su correlato en la excitación sexual. La sesión culmina en una especie de clímax de Ricardo, quien en el acto final se orina sobre la ropa, inaugurando con esto la entrada a lo uretral-anal, pudiendo atravesar el registro oral imperante. El juego, función vital para la psique, revela el apuntalamiento que sobre él hace el placer sexual, un desborde que se contiene con un garante de no agresión, de no erotización, un hiper que no vira al displacer porque mi lugar de adulto, desde la represión, cuida medianamente y en lo posible que ese exceso pueda fluir para permitir la elaboración. Ricardo abandona la sesión empapado y contento, la madre me mira con total estupefacción mientras le reafirmo que todo está bien, que sólo es agua (aunque ambos sabemos que hay mucho más). Por mi parte, aún sostengo la esperanza de que encontrara en el espacio analítico de nuevo un lugar seguro para el despliegue de lo erógeno no erotizado, acercándole lo necesario para digerir la experiencia oral traumática que lo mantenía fijado.

Referencias bibliográficas

- AULAGNIER, P. (1977). *La violencia de la interpretación. Del pictograma al enunciado*. Buenos Aires: Amorrortu, 2004.
- FREUD, S. (1905). Tres ensayos de teoría sexual. *Obras completas*, Vol. VII. Buenos Aires: Amorrortu.